

Ideas poéticas de Rubén Darío

Antonio García Velasco

Se podría afirmar que el gran poeta, el famoso poeta Rubén Darío es, en la actualidad, un gran desconocido. Resuenan sus princesas y acaso sus himnos marciales como los ecos de un prejuicio que nos crearon en la primaria y en la secundaria. Rubén Darío era el cisne de belleza, no más, frente al sesudo búho del noventayochismo. Pero nada más lejos de la realidad. Rubén Darío no es el poeta del arte por el arte, es el poeta del arte poético al servicio de la vida, la belleza, la humanidad, la denuncia de los males de su tiempo. Su lira es tan variada que no podemos simplificarlo, y menos, siguiendo un prejuicio.

Mi primera intención fue escribir del poeta improvisador en situaciones de compromiso interpersonal, festivo, acaso. Existen, ciertamente grosso modo, dos tipos de poetas: los que versifican y los otros. Dentro de los que versifican, están los versificadores y los que utilizan la preceptiva poética para dar forma artística a su pensamiento, su sentimiento, sus afanes de comunicación y testimonio. No es que haya que despreciar el verso de los versificadores, pues, ya la musicalidad poética que consiguen es digna de admiración, o de cierta admiración, si nos pos ponemos rigurosos. Pero, ¿y los otros? En poesía, la forma es el mensaje, la forma es el contenido. Los peores poemas están escritos con los mejores sentimientos, con los mejores pensamientos. Hay, ha habido siempre, poetas en su manera de sentir y ver el mundo, pero de estética nula, casi nula. ¿Dónde encontrar el equilibrio de fondo y forma? Decía Jorge Guillén: *“El poema si lo es, / une los tres elementos: / arranque, visión, compás”*. O *“Si no hay cauce, no hay río. / Del poema en alud / es de lo que me río”*. ¿Qué es un poema en alud? Acaso aquel que fluye con pausas versales caprichosas, alocadas, que no responden a un criterio mínimo de ritmo y musicalidad. Y seguimos con Guillén: *“Que una luz de intelecto, / fervor, sensualidad / y gracia de palabra / converjan en tu obra / si va a ser poesía. / El poeta, sí, nace. / El poema se hace”*.

Con Rubén Darío estamos en un poeta que nace y una obra poética que se hace con cuidado y esmero en todo momento. Podemos ver el poema liviano y acaso, frívolo, “A Margarita Debayle”, pero aún desde esta óptica, es un bello poema de buen ritmo lírico, cuyo contenido puede ser objeto didáctico sin ñoñerías (desobediencia, premio a la belleza, la inocencia, la bondad, la fe, agradecimiento, etc.). No resulta tan baladí. Pero también podemos ver al poeta crítico, exaltador del mundo hispánico de eternos valores en contra de los valores únicos del negocio y la ganancia, como ocurren en la Oda “A Roosevelt”. O al filósofo existencialista como en el poema titulado “Lo fatal” con el que cierra *Cantos de vida y esperanza*. Nadie expresa, como él, en los cuatro versos que constituyen el serventesio inicial,

toda una filosofía de la existencia humana, desde la perspectiva del dolor y el pesimismo: *“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, / y más la piedra dura, porque ésta ya no siente, / pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, / ni mayor pesadumbre que la vida consciente”*.

No podemos, de ninguna de las maneras, simplificar la obra de Rubén Darío. Ni la prosa ni, con menos razón, el verso. No podemos ver en sus poemas sólo el arte por el arte. Tenemos que apreciar al cantor de la vida humana por medio del arte, de la poesía, de la palabra poética. Rica, variada, de metros y medidas conseguidos, de ritmos precisos y bien calculados. Son muchos los poemas que podrían servirnos para ejemplificar lo dicho. Veamos, por ejemplo, un breve canto que podríamos identificar con el rap actual (como ya hicieran los clásicos españoles, por otra parte): “A tí”:

Yo vi un ave
que suave
sus cantares
a la orilla de los mares
entonó
y voló...
Y a lo lejos
los reflejos
de la luna en alta cumbre,
que argentando las espumas
bañaba de luz sus plumas
de tisú
¡Y eras tú!

Y vi un alma
que sin calma
sus amores
cantaba en tristes rumores,
y su ser
conmover
a los rocas parecía;
miró la azul lejanía,
tendió su vista anhelante
suspiró,
y cantando, pobre amante,
prosiguió...
¡Y era... yo!

Y veamos, por si nos parece frívolo cantar al amor, al desamor (el clásico tema que ya comenzara en los tiempos primitivos y que alcanzó esplendor con la poesía provenzal y los tópicos del amor cortés), los dos sonetos que dedica “a los liberales”, los de antes, no los neoliberales mercaderes de ahora:

1.

Porque cantáis la eterna *Marsellesa*
que maldice el poder de los tiranos;
porque alzáis ardorosos en las manos
el pendón de la luz con entereza;

porque deseáis que caiga la cabeza
de la hidra aristocrática, y ufanos
dais al pueblo principios soberanos,
que destruyen del mal la niebla espesa;

porque gritáis que es libre el pensamiento;
que no tiene cadenas la conciencia,
y proclamáis con fuerza y ardimiento

que hoy impera nomás la inteligencia;
la muchedumbre criminal y necia,
os escupe, y os odia, y os desprecia.

2.

Y porque sois soldados de la idea;
porque rompéis la tiara y la corona,
y vuestra voz la libertad pregona;
la libertad que irradia y centellea;

porque deseáis que el Universo vea
cómo una catedral se desmorona
al son del himno que la voz entona
del genio de la luz que vida crea;

porque las tablas de la ley del hombre
mostráis al mundo llenas de verdades,
y de la democracia el sacro nombre

escribís en la faz de estas edades,
tendréis mil bendiciones en la historia
y una palma en el templo de la gloria.

¿Qué miembro del actual Humanismo Solidario no firmaría la validación de estos sonetos?

Mas el anuncio de este artículo era las ideas poéticas de Rubén Darío. Comencemos por *La iniciación melódica (poesía dispersa hasta el viaje a Chile (1889-1886))*. En el poema “El poeta” nos presenta algunos temas de la poesía: placeres y venturas (dulces trovas); ataúd o muerte (tristes elegía, fúnebres endechas); el misterio de la naturaleza (olas de los mares, brisas, flores..., la puesta de sol, la callada selva, los pájaros...), los amores (de vírgenes hermosas)... Pero el poeta es considerado loco que “prosigue por el mundo llorando sus dolencias” hasta que llega el momento en que es su “frente ceñida de laurel”. Deja atrás los temas que hemos visto en los sonetos anteriores o el tema del propio poeta, al que dedica, en el citado poemario, una décima espinela: “El poeta”, en la que exalta la figura de quienes escriben poesía: el poeta es ave menos sublime que Dios “y más que la humanidad”. Su nido es la inmensidad y no será derribado por el mal. Si alguien hiciera sucumbir al poeta destruyendo su ideal bendito, ese poeta entraría en el infinito “por la puerta de la tumba”.

Dedica un poema al libro que comienza con una cita de I. de Castro y Serrano: “Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; y para que así fuera, lo hizo creador como Él. La creación del hombre es el Libro; el Libro está hecho a imagen y semejanza del hombre; el Libro tiene vida; el Libro es un ser”. Las ideas de Rubén son muy claras: la humanidad se redime, no con la cruz del martirio de Jesús, sino “*¡Con el libro, que es la luz!*” Se pregunta: “¿Y

qué es el libro?” Su respuesta: “*Es la luz; / es el bien, la redención, / la brújula de Colón, / la palabra de Jesús. / Base y sostén de la Cruz; / las frases de Cormenin, / acentos de Girardin, / las comedias de Molière, / carcajadas de Voltaire, / consejos de Aimé-Martín*”. La naturaleza toda “es el Libro del Señor”. Rubén nos hace a su modo una historia de la creación y nos invita a mirar el libro donde se incluyen los diez mandamientos “y por la boca de Cristo / predica la libertad”. En la línea de la creación –ahora humana- elogia el libro de Cervantes, “las caricias de Abelardo con los besos de Eloísa”, a Julieta y Romeo, Pablo y Virginia, el arpa de Virgilio, la épica trompa de Homero, *Los Miserables*... Los libros que predicán la igualdad y el odio al autócrata... “*El libro es de la razón / áncora pura y divina*”. Y siguen los elogios a los libros famosos de la literatura universal: “El libro es el telescopio / con que se ve el infinito... es también el microscopio” con el que podemos ver el microcosmos. “*El libro es fuerza, es valor, / es poder, es alimento; / antorcha del pensamiento / y manantial del amor...*” “*El libro males destierra; / da al espíritu solaz, / y derramando la paz / va destruyendo la guerra / que nos confunde y aterrará*”, por lo menos en los ideales o sueños del poeta. Pero el libro también es maldecido “con un criminal deseo”. Y aprovecha el momento para denunciar, entre otros, al Papa, que olvida a los que tienen hambre. Pero una revolución se acerca redentora que derribará el edificio del Mal... “*Por todas partes resuena, / de dulce cadencia llena, / la voz de la democracia*”. El libro ha enseñado “*la religión de la idea*”...

No constituyen poemas como el que comento un ejemplo de arte por el arte, ni mucho menos. Entre otras cosas, porque lo que podría ser “arte por el arte” se convierte en arte al servicio de la humanidad, al servicio de la comunicación: “*Yo al libro siempre he de amar; / siempre su voz he de oír, / pues me ha enseñado a sentir / y me ha enseñado a cantar. / A su fulgente irradiar / se ha formado mi conciencia, / y ha visto mi inteligencia, / muda, absorta, confundida, / en el cielo de la vida, / relámpagos de la Ciencia*”. El poema continúa con un largo “Hosanna al Libro”, resaltado de nuevo su poder redentor, ya que, repite, la Humanidad es redimida “¡Con el Libro, que es la Luz!”. El poema está fechado a 1° de enero de 1882.

Rubén Darío fue un poeta comprometido. Comprometido con su tiempo y con la gente, con los que luchan por la libertad, contra la tiranía. Por ejemplo “en la inauguración de la Escuela Nocturna del Catón de San Sebastián” lee un poema titulado “Luz y Paz”, en el que celebra que “La hidra feroz de la Guerra / no mora ya en Nicaragua/ y el martillo de la fragua se escucha aquí en esta tierra”. Paz y trabajo, paz y luz, paz y libertad. Con las mismas, en “Soneto cívico” elogia a Jerez, “Águila audaz del mundo americano” que practicó “el amor a la luz y odio al tirano”. Otros poemas escribirá en honor y elogio de **Máximo Jerez Tellería**, nacido en León (Nicaragua), en 1818 y muerto en Washington, en 1881 que fue político, militar y abogado nicaragüense, considerado el principal pensador liberal de Nicaragua. También luchó por el unionismo centroamericano. Seguimos, pues, con la idea del poeta comprometido que pone su arte al servicio de

causas justas: “Al libertador Bolívar”, poema que lee en la velada nacional de El Salvador celebrando el centenario bolivariano, el 24 de julio de 1883.

En “El sol de la educación”, poema dedicado a una maestra, directora de un colegio de señoritas, a la que elogia con palabras que servirían para todos o casi todos los que ejercen el magisterio: “Lleváis la pesada cruz / del duro trabajo; pero / nos guiáis por buen sendero / y nos hacéis ver la luz; // es luz que es la verdad, / luz de suma excelsitud, / es luz que es la virtud, / ¡luz de eterna claridad!”. Y como se enseñaba a la mujer dirá: “Enseñar a la mujer / es obra excelsa; lo hacéis: / gozáis y os satisfacéis / al cumplir ese deber”.

En un largo poema dedicado y dirigido a Celia Elizondo, titulado “Cantilena”, describe las cualidades de Celia con el procedimiento de la negación (“Decir que Celia es mujer / que por lo guapa compite / con la alba por nacer, / eso ¿quién no lo repite / si la llega a conocer?”) o de la afirmación de negar que hará lo que está haciendo, piropearla, para, luego, introducir temas variados, como, por ejemplo, la declaración de sus preferencias poéticas: “Yo, aunque me tachen de loco, / si las realidades toco, / también miro el ideal, / y voy dando poco a poco / agua de mi manantial”. Realidades e ideales. ¿Cuántas veces se ha dicho que la poesía pinta mundos ideales para huir de la vulgar realidad? Dice también: “Déjame ser el cantor / del amor y la virtud”. Y, para terminar el poema: “La Poesía se va”, / dice la gente que está / ebria de materialismo... / ¡A que no piensas lo mismo! / ¿Qué te parece? ¿Se irá? // ¡No, no se va la Poesía, / porque aún vive la armonía, / y alumbra el astro del día / ese ciclo de tisú; / y en la tierra, amiga mía / derraman la simpatía / las mujeres como tú!” Acaba, pues, como Bécquer: “Poesía eres tú”.

La poesía no una y se adapta a esa forma o ya no es poesía. Existen muchos géneros líricos. No puede quedar una obra poética encerrada en un único punto, género o estilo. La poesía de Rubén Darío es tan variada como su genio, como sus ritmos. Es un maestro de la décima. Como las dos que incluye en su “Consejo”.

Utiliza la poesía para responder a algunos de sus críticos. Por ejemplo. “A Félix Medina, por su sátira contra la “Cantilena a Celia”: “Félix, recibí tus versos / y los he leído; mas / ya se ve que tú serás / perverso entre los perversos. / ¿Son, a los versos, adversos / los que me mandaste? No. / Prueba a ser prosaico do / haya graciosas mujeres, / ¡y ya verás que tú eres / más idealista que yo!”. O bien, utiliza el género satírico para dar su parecer sobre la “Prensa nicaragüense”, donde salva a algunos periódicos como El Termómetro porque proclama principios progresistas y empuja al pueblo por la senda de su bien, y condena a otros como El Republicano que “Es un pedazo de sotana vieja, / que huele a incienso, pero está podrido. / ¡Párate, pluma! Deja, deja, deja; / no toques a un follón y mal querido”.

Recrea historias y leyendas populares en homenaje a su tierra.

En el apartado Arte y Naturaleza, titula un poema “El poeta” en que hace una larga enumeración de las funciones, suerte y destino de la poesía, de los poetas: “*El vate, en su vida ansiosa, / ¡ay, nace entre desconsuelos! / Si nace larva asquerosa, / ya le veréis mariposa, / cómo se sube a los cielos*”. El poeta se hace eco del dolor humano y puede ser despreciado por sus cantos, pero, cuando muere, queda idealizado. Habla del poeta ante la guerra, del poeta vocero de doctrinas, o cantor sobre las ruinas provocadas por las contiendas humanas: “*Mas toda obra del Creador / lleva sobre si una carga; / el mar, viento agotador; / la mente, la duda amarga; / el corazón, su dolor*”. El vate “*Por suprema Voluntad, / él lleva en sí los dolores / de toda la Humanidad*”. Las pesadumbres del poeta son el “*fragor de revoluciones*”, “*nafragios de muchedumbres*”, “*las gigantes convulsiones de edades y de naciones...*” De un modo acaso ingenuo, pues atribuye un gran poder al poeta, o sea, a la palabra: dice: “*¡Mas si el poeta se indigna, / tiembla la ruda maldad!*”. Hará como Dante, que arrojó al Infierno “el cáncer”, o sea, el mal. El verdadero poeta “*ni nunca fue vil gusano / ni adulador del tirano, / ni escabel del ambicioso*”, no se arrastra por el fango, no lleva sucia la frente... “*No es poeta el vil histrión / que abriga mal corazón; / y no es poeta el villano / y adulador cortesano / que se convierte en bufón*”. No es poeta el envidioso, no es poeta “*...el que no se inflama / en la patriótica llama*”, ni el que no ama... “*Poeta es el ser bendito / que hace que un cielo se abra, / sin sombra, ni error, ni mito, / y responda el infinito / al trueno de su palabra*”.

De *Del cercado ajeno* es un largo poema que comienza con versos traducidos de Víctor Hugo y que titula “Los cuatro días de Elchs”, en el que critica los tiempos actuales: “*... La edad presente / repugnancia me inspira / y pésame hondamente / el círculo de males en que gira. / [...] ¡Magnates! De amargura se deshace / mi corazón al veros... [...] Ahora, comúnmente, / se mata por detrás. Vuestras proezas / más altas y gloriosas, triunfalmente / estriban en robar a las mujeres / y a débiles chiquillos, / y con sañas dolosas / invadir las naciones, como pillos, / en bruscas tarascadas / de ladrona guadaña...*”.

Las citas quieren demostrar reiteradamente la variedad poética de Rubén Darío, tratando de deshacer el mito de hacerlo poeta “del arte por el arte”. Podría verse al nicaragüense como un poeta comprometido en el sentido más “izquierdoso” de la palabra. Un poeta que lucha contra el poder, que se declara partidario de la libertad y la democracia.

Con *Epístolas y poemas* (Managua, 1885) podemos retomar el tema directo de las notas sobre la poética de Rubén Darío. Nos dice en la “Introducción” que “*La edad presente es de lucha: / es preciso, pues, luchar*”. Está muy crecido el mal, por ello el que es poeta “*puede salvarse: que aliente, / que haya la luz en su mente / y la del mundo después; / que de la sombra al través / sople como el huracán, / y que diga a los que están / ya sin vida: “¡Levantaos!” / y que redima del caos / la descendencia de Adán*”. Nos pinta, pues, al poeta como redentor, pero ¿cómo? Con su voz: “*Que truene la profecía / en su palabra de fuego*”. Resume así la

poesía de su libro: “*Aquí en este libro tengo / dichas que me satisfacen, / dolores que me desbacen / ilusiones que mantengo. / Ignoro de dónde vengo / ni adónde voy a parar, / he empezado a navegar, / ignota playa buscando / y voy bogando, bogando / sobre las aguas del mar*”. Y añade en otro momento: “*Si en algunos de mis versos / hay versos envenenados, / seguid, lectores honrados, / que son para los perversos. / Yo tengo tonos diversos / en las cuerdas de mi lira; / hay en mis canciones ira, / y son mis frases puñales / para ruines y desleales, / para el dolo y la mentira. // Mas también tengo un laúd / de suave y tierna dulzura / para cantar la hermosura, / la nobleza y la virtud; / me da alas mi juventud / tengo fe en el porvenir, / y contemplo relucir / mis brillantes ilusiones / cual bellas constelaciones / en un cielo de zafir*”.

Sigue hablando de poetas, de musas, de poesía y, en la epístola a Ricardo Contreras que, al parecer, había criticado su obra primera, dice: “*Gústame de emplear en lo inventado / el sutil arcaísmo, y la que brilla / metáfora altanera es de mi agrado; // sin rastrera hinchazón que el arte humilla, / sin frase rebuscada o descompuesta, / sin pintar el retrato de golilla // y sin dura expresión torpe y molesta / como la que repleta los farragos / con que más de un autor nos indigesta*”. Desea “una inteligencia sensitiva”, cabeza y corazón, lejos de “adornos descarriados”, pues “*Nos es buen aliño la palabra obscura, / ni la llaneza baja, de provecho; / mas ¿puede ser mi lira docta y pura?*” Critica a los poetas de “palabras confusas”, los que publican disparates, “coplas escritas con las patas”. Directamente se dirige a su crítico: “*Mira, Ricardo, no te desconsueles; / busca, y encontrarás piedras preciosas, / que no sólo tenemos oropeles*”. Comunica sus intenciones y actitudes poéticas de modo que “*de Quevedo imitar quiero la sabia / frase de fuego de sagrado encono, / y castigar aquel que nos agravia: / y ni poder ni majestad perdono, / que es igual sicofanta el de ralea / baja, que el que se asienta sobre trono*”. Con el elogio al bien hacer poesía, cita a Boileau: “pulir y repulir”. Por tanto: “*al férreo yunque agregaré la lima / y habré de repulir todo concepto*”.

Existe mucha reflexión humanística en los poemas de Rubén Darío, lo que nos invita constantemente a la relectura de su obra. Tiene fe en el porvenir de América Latina y, con claridad y justas palabras expresa sus ideas, su visión del mundo:

*Vosotros los de arriba, la nobleza,
poderosos, tiranos,
usáis mucho las uñas y las manos
y venís a quedaros sin cabeza.
¿Qué es vuestro poderío?
Tener aduladores mercenarios
que os quiten el bastío
manejando olorosos incensarios;
comer bastante y bueno,
tener el intestino bien relleno,
y vivir en el trono, en alto rango,
como el cerdo en el fango.*

*¡El pueblo! ¡Voto a bríos! He aquí una bestia
que es a veces feroz, siempre de carga.
¡Quiera alzar la cerviz? ¡Cuánta molestia!
Palo con ella, pues. ¡Verdad amarga!
El pueblo es torpe, sucio, feo, malo;
que se le ponga el yugo.
¿Se queja del verdugo?...
Denle palo y más palo...
(¿Qué me dices tú de esto, Víctor Hugo?)*

*Obrero, eres acémila y aguanta,
que para eso has nacido...
Llevas al cuello una perenne argolla;
vives con un dogal en la garganta;
no quieras levantarte: está prohibido;
come quieto tu pan y tu cebolla.*

¿Firmaría el Humanismo Solidario la sátira e ironía de estos poemas? ¿Dónde nos queda el Darío del arte por el arte? Nos recuerda en el mismo poema todo lo conseguido por el progreso de la época. Y con ironía añade: “Sabemos mucho más. ¡Viva el Progreso! / Seis mil años de escuela / lleva ya el niño, y sabe lo bastante / para ser el esclavo de su vida / para ser ignorante / y tener la cabeza envanecida”.

El arte... y la poesía es arte: “*El arte es el creador / de cosmos espiritual: / forma su hálito inmortal, / fe, consuelo, luz y amor*”.

Abrojos es un libro singular que enlaza al poeta con el Campoamor de las *Humoradas* y *Doloras* y con el Antonio Machado de *Proverbios* y *cantares*. Son poemas breves que dan pinceladas de vida y sentimientos, consejos, críticas, puntos de reflexión: “*De lo que esta vida entera / nunca debes hacer caso: / la fisga de un envidioso, / el insulto de un borracho, / el bofetón de un cualquiera / y la patada de un asno*”.

Canto épico a las glorias de Chile es una obra de 1887, un largo poema de exaltación. Del mismo año son las rimas de *Otoñales*, también escrito en Santiago de Chile, que se abre, a modo de presentación con los siguientes versos: “*En el libro lujoso se advierten / las rimas triunfales: / bizantinos mosaicos, pulidos / y raros esmaltes; / fino estuche de artísticas joyas, / ideas brillantes; / los vocablos unidos a modo / de ricos collares; / las ideas formando en el ritmo / sus bellos engarces, / y los versos como hilos de oro / do irisadas tiemblan / perlas orientales. // ¡Y mirad! En las mil filigranas / hallaréis alfileres punzantes, / y en la pedrería, / trémulas facetas / de color de sangre*”. Estamos, de nuevo, ante la declaración de su poética.

Llegamos a *Azul...* (Valparaíso, 1888 y Guatemala, 1890), libro que se considera relevante en la corriente llamada Modernismo. A este libro sigue otro de los más celebrados *Prosa profanas* (Buenos Aires, 1896 y París, 1901), donde advierte (“Palabras preliminares”): “*Yo no tengo literatura “mía” –como ha manifestado una magistral autoridad-, para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello y librea. Wagner, a Augusta Holmes, su discípula, dijo un día: “Lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí”. Gran decir*”. Confiesa en este prólogo que en sus versos hay “princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles; ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer”. Nos habla de sus influencias (clásicos españoles, Shakespeare, Dante, Víctor Hugo... Verlaine. Y confiesa: “*Mi esposa es de mi tierra, mi querida, de París*”. Y, sobre la cuestión métrica y el ritmo añade: “*Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música sólo es la idea, muchas veces*”. Con este libro, se nos instala el autor en el Modernismo, plenamente. Paradigma es el poema “Sonatina” en que luce un mundo de hadas y princesas mediante el cual nos pinta los sueños, el ideal, la aspiración al amor: un soñador, una soñadora, sólo encontrará consuelo alcanzando su ideal. En “El cisne” proclama la nueva poética: el canto del ideal. Lo que no impide que, con sonoros versos, nos hable (“Canto de la sangre”) de los momentos dolorosos vividos por la Humanidad: luchas fraternales (sangre de Abel), la redención esperada (sangre de Cristo), la venideras auroras (sangre de los mártires), las fatales armas de los asesinos (sangre que vierte el cazador)... Sangre de las vírgenes, sangre que la Ley vierte... Sangre de los suicidas... Nos dirá también “*Ama tu ritmo y ritma tus acciones... Escucha la retórica divina... mata la indiferencia taciturna, / y engarza perla y perla cristalina / en donde la verdad vuelca su urna*”.

En el poema “A los poetas risueños” da otra clave de sus preferencias poéticas: “*Anacreonte, padre de la sana alegría; / Ovidio, sacerdote de la ciencia amorosa; / Quevedo, en cuyo cáliz licor jovial rebosa; / Banville, insigne Orfeo de la sacra Harmonía / [...] prefiero vuestra risa sonora, vuestra musa / risueña, vuestros versos perfumados de vino, / a los versos de sombra y a la canción confusa / que opone el numen bárbaro al resplandor latino; / y ante la fiera máscara de la fatal Medusa, / medrosa huye mi alondra de canto cristalino*”.

Y llegamos al gran libro *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905), en cuyo prólogo declara que podría repetir lo dicho en el de *Prosa profanas* porque “*Mi respeto por la aristocracia del pensamiento, por la nobleza del Arte, siempre es el mismo. Mi antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la madurez intelectual, a la chatura estética, apenas si se aminora hoy con razonada indiferencia*”. Pregona que está logrado el movimiento de libertad que inició en América y que se propagó hacia España. Es consciente de que su poesía renueva el ritmo anquilosado. “*...la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres. Yo no soy un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas*”. Advierte: “*Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es*

porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter". Comienza el libro con sonoro y desgarrador poema en que se confiesa, se pinta, declara sus estética ideal: "*Tal fue mi intento, hacer del alma pura / mía, una estrella, una fuente sonora, / con el horror de la literatura / y loco de crepúsculo y de aurora*".

¿Qué decir de "Salutación del optimista": "*Íclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...*" Advierte. "*Abominad la boca que predice desgracias eternas, / abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos, / abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres / o que la tea empuñan o la daga suicida*". Predice: "*La latina estirpe verá la gran alba futura*". Ya hemos aludido al poema "A Roosevelt". Hay mucha admiración a Cervantes y al Quijote: "Letanías de nuestro señor don Quijote" es un canto y un ruego para ser liberados de opresiones y leyes absurdas, "*de tantas tristezas, de dolores tantos, / de los superhombres de Nietzsche, de cantos / áfonos, recetas que firma un doctor, / de las epidemias de horribles blasfemias / de las Academias, / ¡libranos, señor!*".

Termina este libro con el poema "Lo fatal", al que ya nos referimos antes...

En el *Canto errante* (Madrid, 1907) aparece un prólogo que titula "Dilucidaciones" con numerosas e interesantes explicaciones sobre la poesía en general y la suya en particular. Frente a los que "juzgan en decadencia el noble oficio de rimar y casi desaparecida la consoladora vocación de soñar" afirma y reafirma que la poesía, tal como él la entiende, "no desaparece bajo la gracia del sol". "*La forma poética no está llamada a desaparecer, antes bien a extenderse, a modificarse, a seguir su desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos*". Apuesta por la renovación que ha emprendido, frente a la crítica de ciertos preceptistas conservadores: "*El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y, juntos, perpetúan la anquilosis, la inmovilidad*". Afirma que él no quiere enseñar a nadie y reitera la frase de Wagner a su discípula Augusta Holmes, ya citada. Cita a quienes defendieron su arte: Valera, Campoamor, Castelar, Núñez de Arce, Cánovas del Castillo, Salvador Rueda... Continúa: "Desde entonces (sus comienzos) *hasta hoy, jamás me he propuesto ni asombrar al burgués, ni martirizar mi pensamiento en potros de palabras. // No gusto de moldes nuevos ni viejos... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música —música de las ideas, música del verbo*". Estas dilucidaciones son reveladoras de su estética y en sí mismas merecen un artículo. Sólo vamos a resaltar una idea que se ha comentado "*Mi poesía es mía en mí. El Arte es el que vence el espacio y el tiempo. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal*".

En los poemas de este libro podemos encontrar toda la variedad de sus temas poéticos, desde la pintura de ideales a la denuncia. “*Un desastroso espíritu posee tu tierra; / donde la tribu unida blandió sus mazas, / hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra, / se hieren y destrozan las mismas razas*”, dice en “A Colón”, como seguirá su reflexivo y bien medido canto hablándonos de la pampa argentina, de Tutecotzimi, de Francia, de Israel o elogiando al “Ilmo. Obispo de Córdoba” (Argentina), o expresando sueños; o elogiando a personajes diversos, a poetas: “*Misterioso y silencioso / iba una y otra vez. / Su mirada era tan profunda / que apenas se podía ver. / [...] Las maravillas de la vida / y del amor y del placer, / cantaba en versos profundos / cuyo secreto era de él*”, escribe sobre Antonio Machado.

Hay otros poemas, muchos más, y podríamos seguir rastreando su temática y actitud creadora. Pero baste lo dicho para llegar a la conclusión de que un poeta como Rubén Darío no puede simplificarse con calificativos como “Modernista”, “Arte por el Arte” y un largo etcétera que, quizás, esté contrarrestado por quienes pensamos que es un gran poeta que marcó una época, que abrió caminos que quizás hoy puedan estar olvidados y que, sin duda, se reanudarán.